

# UN CUARTO PARA ABUELITA

Por *Kay Heistand*

CATALINA se detuvo; miró a su amiga, y vaciló ¿Debía quedar o seguir su camino? Vivian estaba sentada en los escalones del frente de su casa, con el mentón entre las manos y el labio inferior sobresaliente en señal de evidente disgusto.

-Hola, Vivian -saludó Catalina, dejándose caer en las gradas de la escalera junto a la otra niña-. ¿Cómo andan las cosas?

Vivian se encogió de hombros y replicó:

-¡Por el suelo!

Los azules ojos de Catalina se abrieron cuan grandes eran y tiró una de sus trenzas mientras pensaba. No cabía duda de que Vivian estaba de mal humor. Catalina la miró con curiosidad. Vivian era una niña excepcionalmente bonita. Su cabello de color rojizo oscuro formaba un marco atractivo a sus grandes ojos castaños. Pero Catalina tuvo que admitir para sí que en ese momento Vivian en absoluto parecía bonita.

-¿Qué es lo que pasa?

Catalina sabía que debía volver a su casa, pero le gustaba Vivian, y si podía ayudarle...

-Mi abuela viene.

El rostro de Catalina se iluminó.

-¿Para visitarlos? ¡Qué hermoso! -Luego se puso seria-. Pero, pero yo no puedo entender. ¿No estás contenta?

-No viene para hacernos una visita. Ella viene para quedarse a vivir con nosotros para siempre.

Vivian dejó de hablar y se quedó mirando al suelo.

Catalina guardó silencio por un buen rato, temerosa de que si hablaba diría algo impropio. Luego se aventuró:

-Mi abuelita vive con nosotros. Vivian asintió con la cabeza y miró a Catalina en los ojos.

-Yo sé que debes pensar que soy horrible, Catalina, pero tú sabes... Yo tendré que dejar mi cuarto para abuelita y eso significa que tendré que dormir en el sofá, en un cuchitril.

El resentimiento afloraba en cada palabra que la niña pronunciaba. Y añadió:

-En casa sencillamente no tenemos suficiente lugar para otra persona.

-¿Dónde vive ahora tu abuelita? -preguntó lentamente Catalina.

-Ella siempre ha vivido en su propia casa -y el rostro de Vivian cambió al recordar-. Ella tenía la casa y el jardín más encantadores que yo haya visto -agregó-. ¡Tiene una mano para el jardín! Ella puede hacer crecer cualquier cosa.

Sonrió y los recuerdos parecían brotar de su corazón. Sus ojos castaños se suavizaron al recordar el pasado.

-Una casita blanca, Catalina -dijo suavemente-. Con flores, muchas flores muy fragantes que llenaban el frente de la casa. En el patio de atrás, a cada lado del sendero cultivaba rabanitos y lechuga y las fresas más grandes y dulces que jamás haya yo probado.

Los ojos de Catalina se agrandaron al exclamar:

-Vivian, eso suena como la casa de mi abuela; lo único que su casita era gris.

-¿Verdad? -preguntó Vivian, sonriendo a su amiga-. A mí me gustaba visitar a abuelita. Su lata de bizcochos nunca estaba vacía y ella me permitía ir al jardín y recoger tantas fresas como yo quisiera. Y nunca estaba demasiado ocupada para escuchar mis problemas y ayudarme a resolverlos.

-Mi abuelita criaba esos tomates pequeñitos, y a mí me gustaban. Y a lo largo de la cerca ella tenía plantas de uvas de Corinto -musitó Catalina-. La gelatina que ella hacía con esas uvas... hummm...



hummm.

Vivian asintió.

-Yo sé lo que quieres decir. Aun después de que abuelito falleció, a todos nosotros nos gustaba ir a visitar a abuelita. Pero ella tuvo una especie de derrame cerebral hace unos meses, y...

-Y ahora ya no debe quedar sola -dijo sabiamente Catalina, recordando una experiencia similar.

Vivian asintió de nuevo. Las dos niñas quedaron en silencio por un momento como si estuvieran recordando días cuando eran más jóvenes y libres de cuidados.

-Piensa en lo que significará para nuestras abuelitas tener que dejar sus hogares y sus hermosos jardines -dijo Catalina.

Vivian se ruborizó.

-Yo... no había pensado en lo más mínimo en lo que eso significaría para ella, Catalina -y sus ojos castaños se quedaron mirando los ojos azules de su amiga-. Qué terrible debe ser para ella. Que difícil debe resultarle, y ella siempre ha sido tan alegre y cariñosa -y al decirlo Vivian ahogó un sollozo y guardó silencio.

Esta vez fue Catalina la que movió la cabeza.

-Cuando recuerdo la casa de mi abuelita me parece como que siempre estaba llena de amor.

De repente Vivian se enderezó.

-¡Qué animalito egoísta he sido, Catalina! Hasta que empezamos a hablar, todo lo que yo podía pensar era en mí misma, y cuán difícil me iba a ser tener que ceder mi cuarto. Pero ni siquiera una vez pensé en los sentimientos de mi abuelita -y una mirada de horror cruzó por el rostro de la niña-. ¿Y si ella hubiera venido y descubierto mis sentimientos? Hubiera pensado que yo no quería que viniera a vivir con nosotros. Y en realidad no era así. No soy tan mala. Sencillamente me parece que yo no pensé en estas cosas como debiera haberlo hecho.

Catalina habló lentamente, tratando de escoger sus pensamientos.

-Sabes, Vivian, yo nunca realmente pensé en todo de esta manera. A mí siempre me gustó tener a abuelita viviendo con nosotros, pero me doy cuenta de muchas cosas que podría haber hecho mucho mejor, y quizá la hubiera hecho sentir más feliz, ... por ejemplo diciéndole cuánto la quiero.

-Yo sé lo que quieres decir, Catalina, y me he resuelto a hacer una cosa. A cambio de todos esos años felices en que abuelita me dio tanto amor en su hogar... me empeñaré por hacerla sentir tan bienvenida como ella siempre me hizo sentir a mí.

Al mirar Catalina a su amiga, de repente se dio cuenta de que la expresión serena y feliz que traslucía del rostro de Vivian la hacía más hermosa que nunca.